

A DUAS MULLERES VELLAS

- LAS DOS MUJERES VIEJAS -

Cuando era una adolescente – de ello hace tiempo - tanto a mi como a mis amigas nos gustaba muchísimo ir de fiesta en fiestas durante las vacaciones, sobre todo aquellas de los pueblos cercanos, pues, no solíamos tener problemas a la hora de pedir el correspondiente permiso a los padres para poder asistir ni teníamos que buscarnos coche que nos llevara y trajera de vuelta.

Aquel día era fiesta en Tuxe – el pueblo de al lado, nosotras éramos de la Regueira – y no había otros planes, no obstante, estábamos eufóricas, pues, se daba por hecho que nos quedaríamos a la verbena y eso era lo más. A medida que transcurría el día crecía nuestra emoción pero mira por donde otro grupo – formado por chicos – tenían otros planes mucho más atractivos que los nuestros y propio de adultos con lo cual estábamos muertas de envidia.

Resulta que ese día coincidía con el inicio de las Fiestas Grandes de la Gudiña y, claro, aquellas eran mucho más espectaculares y grandiosas que las de Tuxe. Siempre había actuaciones de algún famoso cantante o grupo musical a mayores de sus fantásticas orquestas todo ello aderezado con atracciones y chiringos. El único problema era que estaba a 20 Km. y necesitabas coche si querías ir y no teníamos.

Estuvieron todo el día, jactándose de ello y recordándonos lo “pringas” que éramos. Francamente llevamos mal muy mal toda aquella “coña” y estamos, además de rabiosas, frustradas por no poder cambiar las cosas. Por lo demás el día transcurrió sin pena ni gloria.

Comenzamos a arreglarnos cuando el viento nos trajo los primeros compases de la orquesta de Tuxe. Mientras nos maquillábamos solíamos especular sobre su calidad según el sonido que nos llegaba y hacíamos planes de lo que haríamos o no.

Una vez arregladas, nos dirigimos a la fiesta como siempre lo habíamos hecho... andando. La temperatura era tan buena y agradable que tanto Mar como yo no cogimos nada de abrigo, fuimos las únicas que íbamos de verano de playa. La carretera iba repleta de gente de todas las edades, el ambiente era fabuloso y eso siempre nos alegraba.

Ya en la fiesta, lo primero que hicimos fue reconocer el panorama, necesitábamos saberlo todo... quienes estaban o faltaban, si iban solos o no, etc., de esta forma nos ubicábamos mejor dentro del maremágnum de la fiesta.

Allí nos encontramos con el grupo que nos había estado amargando el día, no les hicimos mucho caso, pues, habíamos quedado en ser indiferentes con ellos y funciono, pues, a medida que pasaban las horas, su aptitud cambio radicalmente llegando a ser muy agradables y simpáticos. El caso es que lo pasamos muy bien y pronto iba a llegar el descanso para ir a cenar, prelude de la verbena que era la guinda de cualquier fiesta, cuando se nos ofrece otra posibilidad: ir con ellos a la Gudiña a cenar y quedarnos a la verbena de allí.



Aquello fue una proposición que no había que dejar escapar, raudas y veloces fuimos cada una por su lado en busca de nuestros respectivos padres a pedir permiso.

Afortunadamente, no hubo ningún problema y a todas nos dejaron ir, sin embargo, algunas íbamos demasiado desabrigadas y a la Gudiña había que ir con jersey o cazadora porque allí siempre hace frío, es alta montaña.

Por aquel entonces, la Regueira era como la típica calle "fondo de saco" de las urbanizaciones, es decir, no tenía salida y su comunicación con el exterior era a través de la carretera Covelo/Cambela o viceversa pasando por Tuxe o Buxan según la dirección.

Era evidente dos cosas: debíamos coger ropa de abrigo y los chicos querían salir desde Tuxe, es decir, no tenían pensado retroceder para llevarnos a la aldea a cogerla así que como todavía no había anochecido y había luz suficiente, Mar y yo decidimos ir y volver andando.

La distancia era corta y el camino mejor no podía ser, pues, era por la carretera, no obstante, había un tramo difícil pero como aún era de día no lo pensamos más y salimos al momento. Emprendimos la marcha felices y contentas, no parábamos de hablar y hablar.

Estábamos tan absortas en la conversación que no nos dimos cuenta de que anochecía rápidamente y cuando nos quisimos percatar de ello nos encontrábamos en la zona más intranquila de nuestra ruta.

Se trataba de un tramo muy cerrado debido a una impresionante hilera de árboles que envolvía la carretera de lado a lado. Los troncos así como sus raíces eran de grandes dimensiones y su follaje muy espeso. Cuando empezamos a preocuparnos por nuestra situación, pudimos ver a lo lejos a dos mujeres que iban en la misma dirección, así que aceleramos el paso para alcanzarlas y poder hacer el resto del camino juntas.

El hecho fue que al verlas allí en el camino se nos iluminó la cara, ya no teníamos nada que temer y pensamos que había sido una suerte haberlas encontrado pero pronto cambiaríamos de opinión.

A medida que nos acercábamos, pudimos comprobar que aquello no era muy normal, pues el aspecto de aquellas dos mujeres era a temporal. Lo primero que nos llamó la atención fue su vestimenta, esta era completamente negra compuesta por el típico pañuelo cubriendo la cabeza, falda larga hasta los pies y chal que cubría hombros, pechos y cintura, sin embargo, lo más desconcertante no fue aquello –sabíamos que muchas las mujeres de la zona usan una vestimenta similar- sino su actitud y su conversación.

Cuando estábamos a su altura, saludamos muy cordialmente sin recibir respuesta alguna. Aquello nos humilló y respondimos de malas formas proliferando gritos como "después, dicen de la juventud..., y de los viejos ¿QUÉ???" Estuvimos unos minutos refunfuñando de lo mal educadas que eran, sin embargo, ellas nos ignoraban completamente como si no existiésemos y eso hizo que dejáramos de hablar para escuchar.

Muy disimuladamente afinamos las orejas para cotillear lo que decían pero por más empeño que poníamos no entendíamos NADA de NADA. Las oíamos perfectamente, su conversación era limpia y con buen tono pero nosotras éramos incapaces de comprenderlas. En un principio, pensamos que podría ser debido a su gallego cerrado pero pronto empezamos a dudar porque ni el acento ni las palabras nos parecerían gallegas y eso no inquietó sobremanera.

Cada vez más su aspecto, su conversación, sus andares, sus gestos y sobre todo su absoluta indiferencia hacia nosotras no eran nada normales y casi sin darnos cuenta comenzamos a acelerar nuestro paso con la intención de dejarlas atrás sobre todo cuando pudimos divisar nuestra casa en el horizonte.

Por el rabillo del ojo, intentábamos reconocer a esas dos mujeres. Queríamos saber si eran vecinas de Regueira o de algún pueblo de alrededor pero sus rostros nos eran totalmente desconocidos.

Todo era tan extraño..., sin embargo, en aquellos momento no éramos concientes de la situación tan peculiar que estábamos viviendo y eso de alguna forma fue lo mejor para todas, pues, hizo que nuestro trato hacia ellas fuera correcto y que dentro de nuestra perplejidad estuviéramos tranquilas y seguras.

En fin, pronto llegamos a casa y justo en ese instante las adelantamos, a todo corre subimos por las escaleras exteriores de la casa y nos detuvimos en el descansillo para verlas mejor en un último intento de reconocerlas pero para sorpresa nuestra... aquellas dos mujeres viejas desaparecieron del camino.

Escudriñamos todo..., el camino, los alrededores, etc., y era totalmente imposible que se hubieran desviado sin percatarnos de ello, además, de no tener por donde, porque estábamos rodeadas de prados y espacios abiertos siendo fácilmente localizables. Literalmente habían desaparecido sin dejar rastro como si nunca hubieran estado allí y eso nos sobrecogió...

Fue tanto el desconcierto, que nos entro pánico solo de pensar en darle una explicación a lo que acabamos de vivir así que nos encerramos en casa y no salimos. Las teorías que nos surgieron fueron muchas y todas posibles pero ninguna lo suficientemente convincente, así que decidimos no decir nada por miedo a que nos trataran como bichos raros.

Caída ya la noche, llamaron al timbre..., eran nuestros compañeros/as que debido a nuestra tardanza optaron por ir a buscarnos, cuando nos preguntaron porque no habíamos regresado..., simplemente les contestamos que una vez entrada la noche teníamos miedo ir por los caminos.

Pasaron muchos años de aquello y mantuvimos nuestra promesa de no decir nada hasta que en una reunión de amigos donde coincidimos Mar y yo, surgió el tema de contar sucesos inexplicables. Después de escuchar numerosas historias sorprendentes, nuestras miradas se cruzaron y sin mediar palabra alguna entre nosotras decidimos dar a conocer nuestra historia.

Desde entonces, nuestra historia se ha divulgado por la zona haciéndose muy popular y no sabemos a lo que habrá derivado pero una cosa es muy cierta... fue real.

Jamás volvimos a ver aquellas dos mujeres viejas pero una sensación extraña nos invade siempre que pasamos por aquella zona.



FIN

Relato de Vicen Hervella